

# La Historia de LA PELOTA DE ORO

Kristien Dieltiens

*El trabajo con niños siempre me ha fascinado, me ha hecho crecer. Los niños son el motivo por el que ahora escribo libros, en los cuales trato asuntos como la depresión infantil, el abuso sexual, la pobreza oculta... Mi atención está puesta en el niño herido.*

*Durante 28 años, trabajé con niños muy pequeños, y, desde hace cuatro, soy maestra de educación primaria.*

*Antes de crear “La Pelota de Oro”, estaba buscando un cuento para celebrar el cumpleaños. ¿Por qué celebramos un cumpleaños? ¿Qué significa tener un año más? Tuve la idea de escribir un cuento sobre cómo tiene que crecer un niño en el mundo de los adultos, sobre caerse y levantarse, sobre la suerte y la mala suerte... Un mundo en el que la confianza en la vida es primordial; la confianza en uno mismo y en la vida es el mayor regalo que se le puede hacer a un niño. Estos sentimientos primales son necesarios para toda la vida, sobre todo para las situaciones en las que el niño está afrontando la tristeza y la desgracia.*

*Mientras estudiaba la carrera, me encontré con la siguiente frase: “Cada niño que nace viene con el mensaje de que Dios sigue sin estar decepcionado por el ser humano”. Me llegó muy hondo, me tocó el ala de un Ángel y que “desperté”.*

## Niño, ser humano, mereces estar aquí

Un día me tocó vivir de muy cerca la muerte de una niña. Me pidieron que terminara este cuento con la muerte, y la tristeza, como parte de la vida. La niña que falleció habría cumplido cinco años esa misma semana.

Los niños de mi clase me dijeron: “Ahora no puedes contar su cuento de cumpleaños porque está muerta; ya no puede cumplir años”. De nuevo, me tocó el ala de un Ángel. Entonces, les conté que cada ser humano continúa vivo mientras sus familiares y amigos le recuerdan y hablan de él. Entonces, para tratar la muerte, les propuse el juego “Veo, veo, veo lo que tú no ves”; al cerrar los ojos, cada niño describe algo sencillo y se da cuenta de que puede revivir, a través de sus pensamientos, a las personas que ya no están. Así, la muerte forma parte de la vida.

A través del cuento, intento que cada niño capte el mensaje: “Niño, eres único, y tu ida merece la pena ser vivida; el mundo cambia junto con tu existencia, igual como una piedrita en el río afecta a la corriente del agua”.

He visto morir a varios niños, y sufrí un aborto de gemelos, “¡Demasiado jóvenes para vivir!”.

En 1996, Bélgica pasaba por una situación difícil. Varias niñas habían desaparecido y fueron encontradas muertas, tras haber sido maltratadas y violadas; el responsable era Marc Doutroux. En el ambiente se respiraba un auténtico pánico psicótico. De repente, las niñas tuvieron que empezar a decir “no” a todos, a los vecinos, a los profesores... Tenían miedo y se sentían desprotegidas.

Un día recibí la llamada del padre de una de las niñas; su hija de 17 años había desaparecido y, un año después, la habían encontrado enterrada, tras haber sido violada y asesinada. Este cuento, aún sin publicar, había llegado a sus manos, pues yo solía repartirlo en fotocopias entre las personas que asistían a mis cursos. Me preguntó si podía publicarlo. Dijo: “La terrible muerte de nuestra hija ya no tiene remedio, será una pesadilla para el resto de mi vida, pero el único consuelo que ahora mismo me mantiene con vida es saber que mi hija fue una niña feliz. Tu libro es un homenaje a la vida, y allí tiene la muerte su derecho a estar”.

Fuimos juntos a la editorial de su ciudad, e inmediatamente decidieron su publicación; fue un gran éxito de ventas, y aún hoy sigue vivo, pues está disponible en prácticamente todas las librerías del país.

Durante seis meses hice las ilustraciones, intentando incluir en las imágenes tanto contenido como en el cuento en sí mismo. Cada dos semanas, visitaba a los padres de esta niña con un dibujo terminado. Un día intentaba hacer el dibujo que representara a la muerte, pero no tenía ninguna idea. Todo era demasiado simbólico, demasiado soñador... Era medianoche y decidí bajar la escalera para tomarme una cerveza negra con mi marido. Al pie de la escalera me tropecé con los zapatos de mi hija de cuatro años. Como casi todas las madres, me quejaba y había dicho más de 100 veces que había que guardar las cosas en su sitio. De repente, vi cómo los zapatos cobraban vida. Vi cómo aquel día, con las primeras nevadas, mi hija estaba fuera conven-

cida de que ya podía hacer un muñeco de nieve, cómo corría por la casa con las manos heladas, quitándose furiosamente los zapatos, llorando porque la nieve mordía sus dedos. Me di cuenta de que el dibujo tenía que transmitir el recuerdo de la vida, y de que no siempre vivimos la vida con la consciencia suficiente.



Subí con los zapatos de mi hija y la cerveza y dibujé hasta la madrugada.

Aquella semana fue a visitar a los padres de la niña y, al ver el dibujo, sintieron una gran conmoción. Esa misma mañana habían recibido por correo un CD que contenía una canción sobre la niña compuesta por los amigos y amigas de su hija; la cubierta era un dibujo de unos zapatitos. Mientras yo aún estaba en la casa, ya de noche, llamaron a la puerta; eran unos detectives de la policía. Trajeron bolsas con pertenencias de las niñas desaparecidas; entre la ropa no encontraron nada de su hija.

Pero sí encontraron sus zapatos.

Y de nuevo, me toco el ala de un Ángel.